

Milagros ¿Existen?

Milagros, hechos imposibles, fenómenos que contradicen las leyes de la naturaleza, y sin embargo mucha gente cree en ellos.

Aunque muy relacionados con las religiones – muchas de ellas los contemplan como demostración del poder del correspondiente dios– también se dan fuera del marco puramente religioso, o al menos eso afirman quienes creen en la realidad de esos hechos sobrenaturales.

Prácticamente todas las religiones contemplan el milagro como elemento propio y manifestación del dios adorado. Encontramos milagros en el catolicismo, en el islamismo, en el judaísmo y un largo etcétera, del que merece mención especial el caso de los evangélicos, ya que hacen de la curación por la fe el espectáculo principal de sus ceremonias.

Pero también chamanes y brujos procedentes de cultos más primitivos, entendiendo por primitivos aquellas creencias ancestrales, muy anteriores a las religiones occidentales, tales como el animismo de hondo arraigo en África, destacan por sus actividades sanadoras.

No obstante, no son los únicos supuestamente dotados para la realización de curaciones. Personajes como Luis Orsi, curandero y vidente uruguayo, cuyos poderes provienen, supuestamente, del contacto mantenido en su juventud con unos “seres de luz”, sea lo que sea eso, también realiza sanaciones.

Así pues los milagros, como hechos extraordinarios, no son privativos de la religión, y mucho menos de una religión en concreto. La afirmación, por tanto, de que la función de los milagros es la de promover la fe, siendo un elemento demostrativo tanto de la existencia como del poder de dios, resulta claramente falsa, puesto que dando incluso por veraces dichos hechos, al poder ser atribuidos a distintos dioses, espíritus e incluso “seres de luz” (repito, sea lo que sea eso), la supuesta prueba deja de ser tal.

Pero ¿Existen realmente los milagros? Si buscamos relatos de distintos milagros, tanto da la creencia en la que se enmarquen, encontramos muy variados casos, hasta extremos totalmente increíbles como es el de las resurrecciones. Un ejemplo bastará para establecer el límite al que puede llegar el absurdo cuando de este tema hablamos. Me refiero al atribuido a San Vicente Ferrer, santo de raigambre popular en Valencia, según el cual resucitó a un niño de seis meses cuya madre, debiendo recibir al santo y no disponiendo de nada que ofrecerle, lo había matado y asado para servirlo de comida. Ni el hecho desencadenante, por muy loca que estuviera la madre, es

verosímil, ni la resurrección puede tener la más mínima credibilidad (pese a ello hay personas que creen en su realidad).

No obstante y sin llegar a estos extremos, todos hemos oído contar historias de supuestas curaciones inexplicables. ¿Podemos pensar pues que puede darse el milagro en algunos casos?

Enfoquémoslo de una forma diferente. Si ante un caso de enfermedad incurable se produce una remisión de la misma y su cura ¿No será simplemente que se han dado circunstancias que desconocemos y de forma natural han desencadenado la curación?



La primera cuestión a plantearse es el hecho de que de los miles de milagros relatados solo una pequeña parte se corresponden realmente con una realidad más o menos fielmente reflejada en el relato.

En realidad los bulos, las historias, las leyendas que se forman entorno a los supuestos milagros, sufren constantes modificaciones, ampliaciones y cambios que afectan tanto a los personajes como al transfondo de la historia y a su escenario. En la mayoría de los casos, si hubiéramos tenido la ocasión de ser testigos presenciales, quedaríamos asombrados del resultado final del relato, puesto que cualquier parecido con la realidad sería pura casualidad.

Pero ¿Qué pasa con aquellos pocos casos en que si se detecta una curación? Consideremos en primer lugar que el proceso de curación de una enfermedad es el resultado de la acción del sistema de defensa del propio cuerpo. En realidad, los tratamientos a que son sometidos los enfermos buscan, mayoritariamente, crear las condiciones apropiadas para que el proceso de curación, llevado a cabo por el propio cuerpo, tenga éxito.

Por otra parte tenemos claras pruebas de cómo el estado síquico-emocional influye de forma decisiva en la capacidad del cuerpo para hacer frente a la enfermedad. De hecho esta es la causa del sistema de doble ciego, utilizado en la experimentación de nuevos medicamentos, y que consiste en disponer de un grupo de control, al que se le da un placebo en lugar del medicamento experimental. Ello

permite comparar resultados, descartando los casos de curación por efectos de placebo. El nombre de doble ciego procede del hecho de que, ni voluntarios, ni los responsables del experimento que están en contacto directo con los mismos, saben quien está en el grupo del medicamento real y quien en el del placebo.

Ello no es de extrañar. Nuestro cuerpo es un inmenso y complejo laboratorio donde tiene lugar las más complejas interrelaciones físico-químicas, las mismas que generan y mantienen lo que denominamos vida. Estamos muy, muy lejos de tener una visión mínimamente completa de estas interrelaciones. Entramos en un terreno totalmente inseguro y resbaladizo cuando pretendemos encontrar la relación causa-efecto en las relaciones síquico-emocionales y la capacidad del cuerpo para hacer frente a la enfermedad. Y esa es precisamente la base de los milagros, las curaciones por la fe, los sanadores o la homeopatía. Pero eso no significa que realmente existan milagros, curaciones por la fe, etc. Su sentido real es que nuestro conocimiento sobre las complejidades del cuerpo humano es, en su mayor parte, todavía muy escaso.

Este es un caso típico en que la aplicación del principio de la "navaja de Ockham", según el cual, ante dos opciones, es preferible la más simple. Y la más simple es la existencia de un proceso natural que hoy nos es desconocido.

Esta postura tiene, evidentemente, sus detractores. Por una parte quienes defienden a capa y espada la existencia de un mundo trascendente (sin haber aportado prueba alguna de ello, y sea este religioso o no) prefieren creer en lo maravilloso y se aferran al milagro. Por otra parte, hay entornos "científicos" o cultos a los que les resulta difícil aceptar que nuestro nivel de conocimientos es aun relativamente bajo. Sí, los avances científicos de los últimos cien años han creado la ilusión de que lo "sabemos todo" cuando la realidad es muy otra. Queda mucho camino por recorrer. Ello a potenciado dos posturas: la que niega la evidencia de que nuestro desconocimiento es grande, y la que acepta cualquier opción como posible en base a este desconocimiento. Ambas son nefastas, la una porque obstaculiza el avance del conocimiento, y la otra porque da validez a las más absurdas y estrafalarias ideas.

La postura más razonable es, ante casos fehacientemente demostrados de sanación, presuponer la existencia de un mecanismo natural como causa de la misma, para posteriormente investigarlo. En cuanto a posibles causas milagrosas, requerirían la demostración previa de los entes causantes (dioses, extraterrestres, espíritus, etc.) lo que, pese a los siglos en que se lleva alegando su existencia, nadie a podido presentar la más mínima prueba creíble.